

¿Cómo animar a leer desde la biblioteca pública?

M.^a Begoña Marlasca Gutiérrez

DIRECTORA. BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO DE CUENCA

Resumen

¿Cómo y por qué tenemos que animar a los ciudadanos a leer? ¿Qué bagaje ha de llevar el bibliotecario animador? Para animar a leer y para estimular los hábitos de lectura de la población en general, hacen falta bibliotecarios que amen la lectura por encima de todo, que lean algo más que los documentos profesionales, que vibren cuando lean. La comunicación intenta reflexionar sobre el papel apasionado del bibliotecario-lector, el binomio biblioteca pública-sistema educativo, la biblioteca pública que acerca la lectura a los adultos y la importancia de que se entremezclen lectura y vida.

Para sentir realmente lo que significa *animar a leer* recordemos ese hermoso poema de Gabriel Celaya¹ en el que utiliza una sugerente metáfora marina para explicar lo que es educar, algo así como ponerle el motor a una barca. Pero una vez que uno planifica, estudia o analiza cómo fomentar los hábitos de lectura de los ciudadanos, hace falta algo más profundo, algo así como lo que Celaya insinúa para un buen educador:

«uno tiene que llevar en el alma
un poco de marino...
un poco de pirata...
un poco de poeta...
y un kilo y medio de paciencia».

¿Qué lleva el bibliotecario en el alma para poder animar a otros a acercarse a la lectura? Navegamos como buenos marinos por el mar de la información, los libros, los contenidos, los textos, pero no nos movemos como peces en el agua. Cada vez es más complicado nadar y enseñar a nadar en una sociedad donde prima la imagen frente a la cultura escrita. Algo de piratas sí que tenemos, vamos contra corriente muchas veces enseñar la lectura por placer frente a la lectura por obligación, como hacen en el sistema educativo y nos gusta mucho capturar los barcos de usuarios desprevenidos a quienes les robamos la soledad o el aburrimiento. Y de poetas, entendemos un poco. Decía Cervantes que «año de hambre, año de poesía» y ¡cuántos años de hambre pasamos los bibliotecarios, sin apenas presupuestos para renovar las colecciones, escaso personal, edificios o locales poco atractivos, recursos mínimos o insuficientes... y echamos mano a la poesía, a la imaginación, para poder organizar actividades que no cuesten dinero (aunque sí muchos sudores) y echamos poesía a nuestras espaldas cada vez que tenemos que convencer a un político (porque la prosa nos derrumbaría), y vemos versos allí donde otros ven problemas. Así que algo de lo que Celaya habla sí llevamos, pero lamentablemente también llevamos en el alma otras cosas, empujados por las olas bravías del día a día: presión, burocracia, funcionarismo, normativa, tecnicismos, impotencia y... un kilo y medio de angustia.

Llevamos, pues, un poquito de marinos, de piratas y de poetas y también sabemos lo que deberíamos llevar, y que es un poco de todo aquello de lo que está hecha la materia de los cuentos milenarios:

aventura, ilusión, emoción, imaginación, creatividad, misterio, alegría, amistad, respeto y mucho amor por nuestro trabajo.

Si miramos de reojo las últimas estadísticas, porque siempre hay que mirar de reojo los datos fríos, seguimos viendo que el 47% de los españoles no lee nunca o casi nunca y que sólo el 26% de personas que se declaran lectores han acudido a alguna biblioteca en los últimos tres meses. Nos han dejado muy claro las señoras y señores entrevistados que las bibliotecas públicas tienen una escasísima incidencia en los hábitos lectores de los españoles. Claro que tampoco Internet tiene apenas influencia y ni siquiera ofrece tentaciones a los lectores de libros. Así que parémonos un poco en la inerte marcha del día a día, paralicemos el motor de nuestra barca por unos minutos y, en la tranquilidad del silencioso mar de la reflexión, pensemos unos minutos en cómo y por qué las bibliotecas públicas y los bibliotecarios tienen que animar y seguir animando a leer a los ciudadanos.

La lectura es a los bibliotecarios como la salud a los médicos. Es el objetivo principal, la quintesencia de la profesión. Numerosos textos a lo largo de la historia nos hablan de lo que es leer, de la importancia de la lectura no ya sólo como acto mecánico y descifrador de símbolos, sino como acto profundamente arraigado en el ser pensante. Por experiencia sabemos que leer es sobre todo una búsqueda hacia el interior de nosotros mismos. La imprenta vino a dar miles de páginas demostrando la popularización de la cultura y del conocimiento. Pero la imprenta no cambió al hombre, fue el hombre el que llegó a la necesidad de la imprenta. McLuhan preconizó el fin del libro e Internet sigue provocando muchas reflexiones sobre las ventajas y desventajas de la sociedad electrónica. Y hoy seguimos debatiendo si la sociedad necesita o no de la lectura, constatamos las diferencias en el acceso a la información y la tan citada «brecha digital», que origina ciudadanos informados y ciudadanos al margen de la información teledirigida, el triunfo de la información inmediata sobre la lectura paciente y creativa...

En el fondo del debate subyacen algunas de las cuestiones que más nos preocupan hoy a los bibliotecarios en torno a la lectura y su promoción. Continuamos haciéndonos cientos de preguntas. No tenemos más que leer la bibliografía profesional de los últimos años relacionada con este tema y nos daremos cuenta de que seguimos debatiendo muchas cuestiones que nos desasosiegan, como la relación entre la información y el conocimiento, si el modo de recibir información a través de los medios audiovisuales condiciona nuestra realidad, si es mejor el que lee que el que no lee, si los libros son el mejor medio para dialogar la humanidad a través de los siglos, si es mejor que la lectura nos permita pensar a que nos llene el tiempo de ocio sin ninguna otra pretensión. Y a veces nos respondemos, aunque seguimos dudando, que sigue habiendo ventajas de la lectura frente a la no-lectura a pesar de que en esta sociedad se puede llegar muy alto sin leer nada, que podemos demostrar que la lectura nos hace más libres y nos permite adquirir una conciencia más profunda de nosotros mismos y del mundo. Sabemos que para muchos ciudadanos la sobreinformación nos permite estar al día de lo que sucede en cualquier parte del mundo, pero esta rapidez y profusión de la información no nos prepara para saber lo que pasa realmente dentro de nosotros mismos. Constatamos que la lectura abre la llave del conocimiento y es una de las puertas para eliminar las desigualdades sociales, pero se nos hace muy difícil hacer ver la importancia de la lectura, demostrar que merece la pena ser lector, que no se está perdiendo el tiempo si uno lee. No olvidemos lo que nos recuerda Gabriel Zaid, que los libros siempre serán letra muerta si no nos favorecen la animación de la vida.

Todos los que trabajamos en bibliotecas públicas, bibliotecarios o no, debemos tener muy claro que nuestro trabajo, entre otras cosas, es hacer que los hábitos de lectura de la población adquieran un valor de apoyo al proceso educador de cada persona. Michèle Petit nos ha puesto en aviso a los «profesionales» y «promotores» del libro recordándonos que estamos muy seguros de que el hábito de la lectura es bueno, pero que muchos no tenemos experiencia de por qué es bueno. Insiste también en la idea de que para transmitir el amor por la lectura es preciso haberlo experimentado personalmente. Y por si no esta-

ba muy claro denuncia crudamente que muchos bibliotecarios, docentes e investigadores no leen o se limitan a leer un tipo de obras profesionales, pero nada más.

Para que desde las bibliotecas públicas se anime verdaderamente a leer, lo primero y primordial es que los bibliotecarios, que atienden diariamente a miles de ciudadanos, que tienen que seleccionar miles de libros y documentos, que organizan y dinamizan miles de actividades, amen y disfruten la lectura, no sólo para su necesaria formación profesional. Es curioso que cuando un ciudadano nos pregunta a qué nos dedicamos y le decimos que somos bibliotecarios, lo primero que piensa es que nuestro trabajo consiste en estar todo el día leyendo. Ante esa afirmación muchos nos reímos internamente (porque no leemos) y otros nos excusamos apurados: «No señor, trabajamos y no nos queda tiempo para leer». Muchos bibliotecarios formados en las altas tecnologías de la información saben manejarse en las redes electrónicas con verdadera soltura, pero son incapaces de leer una novela o un libro de poemas. Y eso sin hablar de que su bagaje cultural está más lleno de datos y de fría información que de conocimientos. Es de todos conocido el caso de una biblioteca en cuyo catálogo figuraba *El banquete* de Platón en el apartado de gastronomía y una obra de Descartes en el de juegos de mesa. En las pruebas de selección debería haber una entrevista o prueba oral para analizar la experiencia personal del bibliotecario opositor con la lectura y los libros. No un ejercicio para demostrar conocimientos teóricos, sino para vislumbrar si existe el vicio personal de la lectura, necesario como requisito profesional. Es imprescindible que los bibliotecarios leamos pero sobre todo que sintamos el placer de leer, evitando siempre la lectura por obligación.

Las campañas y planes para el fomento de la lectura, en la que las bibliotecas públicas se ven continuamente implicadas, dan en el fondo ínfimos resultados si se comparan con el esfuerzo empleado (económico, humano, técnico...). Savater nos manifiesta en sus reflexiones sobre su experiencia como lector el temor de que las campañas de promoción de la lectura, en las que por cierto participa de corazón, sean demasiado sensatas, porque en el fondo, el acto de leer es una pasión que se explica muy difícilmente. Y Michèle Petit también nos recuerda que hay algo en la lectura que no se compagina bien con la idea de promoción o programación, quizá por esa manía que tenemos tantos bibliotecarios de buscarle a la animación a la lectura el lado pragmático y útil. Y la institucionalización de muchos de los planes para fomentar la lectura no sabe vender la lectura como placer. En realidad, no es lo mismo decir que se fomenta la lectura a decir que se fomenta un vicio o una adicción.

Cuando planifiquemos las actividades culturales debemos tener en cuenta siempre los objetivos y la misión de la biblioteca pública. No nos perdamos en tentaciones externas o impuestas a otros fines más o menos confesables. Podemos disponer de poco, mucho o nada de presupuestos pero debemos siempre tener en cuenta que todo, todo lo que la biblioteca programe o en lo que colabore, ha de tener como uno de sus objetivos prioritarios la lectura y el acto de leer. Los bibliotecarios antes que funcionarios han de ser animadores, mediadores, asesores, intermediarios entre lo que se edite o publique y el ciudadano. Será el propio ciudadano el que acceda a la información o al conocimiento, al placer o al ocio, al estudio o a la consulta, a la conversación o al silencio, a la lectura de un libro, un cómic o al ordenador. El bibliotecario siempre tiene que luchar por hacer que todo usuario llegue a ser lector, porque quitémonos la venda de los ojos: la mayoría de los usuarios jóvenes y adultos de las bibliotecas no son lectores por placer, sino por obligación. Y eso los que acuden voluntariamente a las bibliotecas. Pensemos en los no usuarios de bibliotecas.

Más allá de las campañas, programas de actividades y demás esfuerzos animadores, el bibliotecario (incluso el político que aprueba planes de lectura), si no lee apasionadamente, caóticamente, placenteramente, nunca podrá realizar verdadera animación a la lectura. No sé si leer nos hace mejores personas pero al menos nos puede hacer mejores bibliotecarios.

Un aspecto que no podemos obviar es el papel que la biblioteca pública y la escuela representan respecto al aprendizaje y fomento de la lectura en niños y jóvenes. Todos comprobamos que el sistema

educativo en lugar de conseguir lectores asiduos, consigue individuos que leen para conseguir diplomas o certificados que les permitan por fin dejar de leer. Es lo que muchos llaman la «escolarización de la lectura». La lectura como obligación, como disciplina y estudio, sólo consigue que los alumnos odien leer. Todos hemos comprobado cuántos adolescentes odian el *Quijote*, la *Celestina* o el *Lazarillo* por hacérselo leer obligatoriamente y sin ninguna otra preparación o estimulación. Hay varios teóricos que hablan ya del «lector frígido», que es aquel que lee por obligación porque la lectura le será provechosa y útil para sacar un título académico, pero que ni ama leer, ni pone su yo en la lectura. Vaneigem, en su crítica acerada contra el sistema educativo, habla de aquellos maestros que intentan hacer leer a sus alumnos reviviendo su propio aprendizaje del tipo «la letra con sangre entra», pero que «quien lleva el cadáver de su infancia en su corazón nunca educará más que almas muertas»².

Si los adultos lectores intentamos demostrar a los más jóvenes que leer es muy placentero, ¿por qué no se lee igual que se fuma o se bebe?, se pregunta Argüelles, y se contesta argumentando que no es prohibiendo los libros como se conseguiría incentivar a los escolares, sino rompiendo las estructuras de un sistema obligatorio que compensa con muy poco disfrute los deberes relacionados con leer un libro³. Pennac nos ilustró muy bien cómo hacer que los jóvenes no lean y cómo permitirles una serie de derechos que disfrutamos los adultos pero que no nos atrevemos a dejar que también los disfruten ellos, como el derecho a no leer, a saltarse páginas, a hojear, a callarnos, a leer cualquier cosa...

Los niños y menos niños han de aprender a leer alimentando su imaginación y su creatividad, leyendo al azar, desordenadamente, sin imposiciones. Nunca se debe imponer a nadie la lectura como un deber. En los más jóvenes la lectura tiene que impulsarse por contagio, por imitación, por envidia, por pasión del adulto, más que por imposición o deber académico.

Las técnicas para desanimar teniendo a Doña Comprensión Lectora como la rectora de esta desanimadora forma de animar a leer, tiene que provocar nuevas formas de enseñar la literatura. Hay que lograr que los jóvenes descubran la vida en las lecturas y en los autores, aunando esfuerzo y placer, como señala Pennac⁴, y hacer que la lectura abra el corazón y la cabeza, y no la boca de aburrimiento.

Gracias a muchas bibliotecas públicas, algunas generaciones de estudiantes han podido llegar a ser lectores. Muchos bibliotecarios han forjado jóvenes lectores, han enseñado (y continúan enseñando) a niños y jóvenes a encontrar el placer en la lectura, a saber buscar información escolar por sí mismos, a jugar con los cuentos, a escuchar historias, a vivir aventuras leyendo, a teatralizar textos y sentir poemas, a visitar la biblioteca con sus profesores para aprender a ser usuarios activos, a conocer escritores, narradores, ilustradores... Muchos profesores llevan colaborando estrechamente con la biblioteca pública para poder aunar esfuerzos y recursos, y para poder practicar con los alumnos, en las salas infantiles y juveniles, todo aquello que en sus aulas no les está permitido (por muchos factores que todos conocemos). La libertad de la biblioteca pública en formar lectores fuera del ámbito escolar y la convivencia de muchos profesores amantes de su profesión, han formado un estrecho binomio en España que ha podido hacer frente a la deficiencia de un sistema educativo que sigue siendo ciego ante la urgencia de dotar de bibliotecas escolares a los centros educativos de cualquier nivel.

Y no hablemos de la imperiosa necesidad que desde las bibliotecas públicas observamos respecto de un buen porcentaje de profesores, que deberían reciclarse sobre cómo animar no sólo a la lectura sino al aprendizaje. Asusta ver la cantidad de adolescentes que odian, y digo bien, odian leer, odian aprender y se sienten anodinos frente a todo. Miremos las estadísticas sobre el fracaso escolar. Muchos bibliotecarios que trabajan con niños y jóvenes constatan que identifican leer con estudiar, odian estudiar luego odian leer. Si los bibliotecarios consiguen que descubran libros que les proporcionan un placer desconocido, ¿por qué no hay más profesores que consigan además que encuentren placer por aprender, por autoformarse, por maravillarse cada día por saber algo nuevo? Los bibliotecarios estamos haciendo grandes esfuerzos por adaptar nuestra formación al mundo cambiante pero, sinceramente, creo que esa

revolución todavía no se ha dado en el ámbito del profesorado. Y es una cuestión de ética el que todos, bibliotecarios y profesores, nos esforcemos porque nos guste nuestro trabajo, si no, no podremos contarles a alumnos y usuarios el placer de leer y el placer de aprender.

Y respecto al ciudadano adulto, hay mucho no lector porque la experiencia escolar o infantil fue de «lector frígido». Las encuestas marcan que la mayoría no lee porque no tienen tiempo (son los que no se atreven a decir que no quieren o no tienen ganas) o porque directamente reconocen que no les gusta. También las bibliotecas públicas tienen un papel primordial desde siempre en los ciudadanos que ya no van a la escuela. En este siglo XXI la única institución que puede acercar libre y gratuitamente el libro y la lectura a todos es la biblioteca pública. Y lo está haciendo con un gran esfuerzo pero con mucha ilusión. Se organizan muchas actividades culturales que en el fondo, aunque desde muchos sectores aún no quieren reconocerlo, aspiran a promover la lectura. Especialmente va tomando cuerpo la experiencia de los cientos de grupos y clubes de lectura que han ido naciendo en los últimos veinte años en numerosas bibliotecas públicas de localidades pequeñas, medianas o grandes, que corrobora la vitalidad de los objetivos marcados y la lucha de miles de ciudadanos para acercarse a la lectura como fuente de placer y como fuente de conocimiento, porque el adulto que goza con la lectura goza también aprendiendo. Los adultos tienen derecho a que alguien les ayude a ser lectores. En estos grupos de lectura se reúnen adultos de todas las condiciones para compartir la lectura en voz alta o silenciosa, el diálogo, los debates, la confrontación verbal e ideológica, el respeto a los demás, la opinión libre, la crítica abierta, la pluralidad de ideas y también la experiencia común de la lectura. Con la lectura de textos diversos y de épocas diferentes se aprenden a leer otras muchas cosas más allá de los libros, porque la vida además de leerla hay que vivirla. Y con la lectura se entremezclan otros vicios que también se fomentan desde las bibliotecas: la música, el cine, el teatro, la ciencia, el deporte, los museos, la historia, la filosofía, los viajes...

Otro aspecto en el que las bibliotecas públicas deben seguir trabajando sin descanso es en el de la alfabetización informacional. Muchos de los ciudadanos que declaran leer con cierta frecuencia, son lectores de titulares de prensa y poco más. Cada vez menos ciudadanos están preparados para asimilar tanta información con tan poco contenido interesante. Argüelles dice en algún momento de su libro ya citado que las bibliotecas públicas deben contribuir a que los ciudadanos sean lectores no únicamente de lo inmediato. Las tecnologías de la información simplifican la transmisión pero no la comprensión y la igualdad de acceso al conocimiento no es la igualdad ante el conocimiento, como recuerda Wolton en su crítica a Internet. También el sistema educativo tiene aquí el papel principal especialmente en el público infantil y juvenil.

Los bibliotecarios somos conscientes del esfuerzo que tenemos que hacer, y de la preparación que tenemos que tener, para animar a leer a todos los ciudadanos como parte esencial de nuestra tarea, pero las bibliotecas públicas, como instituciones culturales, ¿qué papel tienen como animadoras de la lectura?, porque puede haber bibliotecarios bien preparados, cultos, activos, dinámicos, soñadores y creadores pero todavía quedan bibliotecas muertas, sin presupuestos, sin apenas personal o poco preparado, con colecciones obsoletas que apenas se actualizan, con instalaciones poco atractivas, espacios... Y esto es otra realidad en nuestro país. Cuando hablamos de animar a leer parece que todo está en manos de personas y libros, pero también se anima (y se desanima) en función del estado de las redes de bibliotecas repartidas en la geografía española. Al igual que el fracaso escolar de generaciones de estudiantes está en boca de todos pero nadie se atreve a romper con esa inercia, todavía muchos responsables políticos siguen permitiendo que la falta de recursos y de dotaciones para las bibliotecas públicas, impida a un enorme número de ciudadanos acceder a la lectura y a una posibilidad infinita de autoformación y placer.

Si cultura es todo aquello que permanece en lo más profundo de nuestra experiencia una vez que hemos olvidado todo lo que hemos leído, toma una gran trascendencia lo que leemos y lo que no lee-

mos. Podemos leer muchos libros, mucha literatura clásica o mucha novela interesante. Si no convertimos en vida todo lo que leemos, la lectura no merece la pena. Ya nos lo dijo con clarividencia y pasión Gabriel Zaid: «¿Qué demonios importa si uno es culto, está al día o ha leído todos los libros?... Lo que importa es cómo se anda, cómo se ve, cómo se actúa después de leer. Si la calle y las nubes y la existencia de los otros tienen algo que decirnos. Si leer nos hace físicamente más reales»⁵.

NOTAS

¹ El poema se titula *Educar*.

² VANEIGEM, *Aviso a escolares y estudiantes*.

³ ARGÜELLES, *¿Qué leen los que no leen?*, p. 79.

⁴ PENNAC, *Como una novela*, p. 131.

⁵ ZAID, Gabriel, *Los demasiados libros*, p. 19.

BIBLIOGRAFÍA

ARGÜELLES, Juan Domingo, *¿Qué leen los que no leen?. El poder inmaterial de la literatura, la tradición literaria y el hábito de leer*. Barcelona: Paidós, 2003.

BIRKERTS, Sven, *Elegía a Gutenberg. El futuro de la lectura en la era electrónica*. Madrid: Alianza, 1999.

CASTRO, Rodolfo, *La intuición de leer, la intención de narrar*. Barcelona: Paidós, 2002.

CERRILLO TORREMOCHA, Pedro C., *Libros, lectores y mediadores. La formación de los hábitos lectores como proceso de aprendizaje*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2002.

MILLÁN, José Antonio (coord.), *La lectura en España: informe 2002*. Madrid: Federación de Gremio de Editores de España, 2002.

PENNAC, Daniel, *Como una novela*. Barcelona: Anagrama, 1993.

PETIT, Michèle, *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*. México: Fondo de Cultura Económico, 2001.

Seminario de animación a la lectura. Madrid, 25 y 26 de marzo 2003. Madrid: Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas, 2004.

VANEIGEM, Raoul, *Aviso a escolares y estudiantes*. Madrid: Debate, 2001.

WOLTON, Dominique, *Internet, y ¿después?: una teoría crítica de los nuevos medios de comunicación*. Barcelona: Gedisa, 2000.

ZAID, Gabriel, *Los demasiados libros*. Barcelona: Anagrama, 1996. 25 años de animación a la lectura. Jornadas de reflexión desde las bibliotecas públicas y escolares. Guadalajara, 28 al 30 de noviembre de 2002. [online]. Disponible en: http://www.jccm.es/educacion/prog_educ/jornadas_anim_lectu_/inicio.htm.